

mo el partido de enviar de refuerzo al general Soult todas las que se hallaban en estado de ponerse en marcha, y con las restantes, que se componían sólo de heridos y despeados, volvió á tomar la senda de Génova por la orilla del mar á fin de cubrir la retirada del cuerpo del ejército y de proteger su entrada en la plaza. Reducido á un mero puñado de hombres, tuvo que sostener repetidas veces los más desproporcionados combates; en uno de estos encuentros, sorprendido un batallón francés por una carga de húsares dirigida por Seckler, él á su vez cargó contra los húsares con treinta caballos, los puso en huida, y fué al fin á apostarse en Voltri para esperar la vuelta del general Soult. Empeñado éste entre las montañas, atravesando destacamentos enemigos cinco ó seis veces superiores en número, corrió grandes peligros, y después de los más gloriosos esfuerzos hubiera acabado por sucumbir sin las tropas de refresco que Massena le envió tan á tiempo. Reforzado con ellas consiguió llegar al camino de Génova, después de haber sostenido con ventaja la lucha más dificultosa y desigual. Se reunió por fin con su general en jefe, y ambos á dos volvieron á entrar en Génova, abriéndose camino y conduciendo por delante cuatro mil prisioneros. El general Suchet por su parte había procurado reunirse con el suyo, pero no consiguió penetrar por la enorme masa del ejército austriaco.

Llegó á su colmo el alborozo y la admiración de los genoveses á la vista del general francés que entraba por segunda vez en su ciudad precedido de columnas enteras de prisioneros; también su ascendiente llegó, por decirlo así, á la omnipotencia; el ejército y la población le obedecían con la sumisión más completa.

Debía Massena desde aquel momento considerarse como encerrado definitivamente en Génova; mas no se hallaba dispuesto á dejarse sitiado muy de cerca. Su intento era tener al enemigo siempre apartado de los muros, cansarle con combates continuos y tenerle ocupado de modo que no pudiese penetrar en el Var ni volver á Lombardía, ni oponerse al paso proyectado del primer cónsul por los Alpes.

De vuelta apenas á la ciudad en 18 de abril (28 germinal), comenzó á atender á la policía interior y al abastecimiento de la plaza. Temeroso de las traiciones que pudieran urdir los nobles genoveses, tomó sus precauciones contra toda sorpresa. La guardia nacional, compuesta de patriotas de la Liguria, sostenida por una fuerza francesa acampada en la plaza principal de la ciudad y con la mecha dispuesta junto á sus cañones, tenía orden de reunirse así que oyera el toque de generala. Los habitantes que no formaban parte en ella debían á aquella señal retirarse á sus hogares; la tropa armada era la única á quien se permitía circular por las calles. Los habitantes en tiempos ordinarios debían estar recogidos en sus casas á las diez de la noche y no podían formar reuniones en paraje ninguno.

Mandó Massena hacer acopio de todo el grano existente en Génova, prometiendo pagarle, lo que en efecto verificaba cuando se le prestaba de grado, y apoderándose de él, cuando no, por medio de visitas domiciliarias.

Después de haberse apoderado de todo el grano, puso á ración al ejército y al vecindario, y consiguió poder mantener á sus soldados y á los habitantes pobres du-

rante los primeros quince días del sitio. Tocaban éstos á su término, pero aún quedaban víveres que el oro de los ricos hacía salir de ciertos depósitos secretos á gran precio y para el uso particular y exclusivo de aquéllos. Mandó Massena al saberlo que se repitiesen las requisitorias, y se halló nuevo grano de toda especie entre centeno, avena y cebada, para mantener con mal pan á la población y al ejército por otros quince días. Quedaba la esperanza de que algún viento contrario á los ingleses alejase á éstos, dando lugar á que aportasen algunos cargamentos de víveres, contando para esto con los corsarios de la Liguria y de Córcega, á quienes se habían dado instrucciones para perseguir á los buques cargados de grano que encontrasen. Finalmente, estaba resuelto Massena á recurrir á las últimas extremidades y decidido á alimentar sus tropas con el cacao, que abundaba en los almacenes de Génova, antes que rendirse. Háblale envió el primer cónsul cierta cantidad de numerario, y echaba mano de ella para los casos de mayor apuro, como para consolar de tiempo en tiempo á sus infelices soldados de sus crueles padecimientos. En aquella serie de encuentros referidos, muchos miles de hombres habían quedado ya fuera de combate y muchos se hallaban en los hospitales. En los fuertes, en las dos murallas de la plaza y en la reserva quedaba una fuerza activa de doce mil combatientes poco más ó menos.

En medio de tan horrible situación, mostrábase Massena diariamente con la frente serena, y su ejemplo servía de estímulo, inspirando en los ánimos ajenos la fortaleza que reinaba en el suyo. Su edecán Franceschi se aventuró á pasar en una barca á la costa de Niza y encaminarse en busca del primer cónsul para pintarle los sufrimientos, las hazañas, los graves peligros que rodeaban al ejército de la Liguria.

El 30 de abril (10 floreal) antes de amanecer, un cañoneo general que resonó en todos los puntos á la vez, en el Levante por el lado del Besagno, hacia el Poniente por el lado de Polcevera, y finalmente en toda la longitud del mar por la presencia de una división de chalupas cañoneras, anunció á la ciudad de Génova grandes proyectos de parte del enemigo. En efecto, los austriacos desplegaron todo aquel día grandes fuerzas; el conde de Hohenzollern atacó la mesa de los Dos Hermanos, donde se hallaba establecido el fuerte del Diamante, y después de repetidos esfuerzos consiguió apoderarse de ella intimando la rendición al fuerte. El digno oficial que le mandaba respondió á la intimación declarando que no entregaría el puesto confiado á su honor sino después de sucumbir á un asalto de viva fuerza (1). Era aquel fuerte de la mayor importancia porque dominaba al de la Espuela y flanqueaba por consiguiente todo el recinto. El campamento austriaco de la Coronata, situado á la orilla de Polcevera, frente al Poniente, rompió un fuego violento y nutrido sobre el arrabal de San Pedro de Arena, é intentó al mismo tiempo muchos ataques para estrechar el terreno que ocupábamos nosotros en aquel paraje. Por el lado opuesto, es decir, hacia el Besagno, rodeó el enemigo el fuerte de Richelieu, y se apoderó desgraciadamente

(1) Este digno comandante era el después célebre conde Bertrand, que tanto se distinguió siendo general en Austerlitz y en Friedland. (N. del T.)

del fuerte de Quezzi, que no estaba enteramente terminado cuando comenzó el asedio; apoderóse finalmente del pueblo de San Martín de Albaro, situado al pie del fuerte de Santa Tecla, é iba ya á ocupar la posición formidable de la Madona del Monte, desde la cual podía vomitar sus fuegos sobre la ciudad de Génova. Ya los soldados de d'Arnaud habían abandonado las últimas casas del pueblo de San Martín de Albaro; no guardaban ya las filas, y muchos de ellos andaban dispersos como guerrilleros. Acudió Massena á todos sus puestos, los reunió por sí mismo, reorganizó el combate y detuvo al enemigo.

Había pasado ya la mitad del día y era tiempo de reparar el daño. Volvió Massena al momento á Génova y tomó las disposiciones convenientes. Confió al general Soult las medias brigadas 72.^a y 106.^a, y le dió orden de recobrar la mesa de los Dos Hermanos; pero queriendo antes volver á tomar el fuerte de Quezzi, dirigió por sí mismo hacia aquel punto la división de Miollis después de haberla reforzado con batallones sacados de la 2.^a y 3.^a de línea.

La división de d'Arnaud, enviada adelante, dió la vuelta á San Martín de Albaro, rechazó al enemigo que le tenía ocupado hacia el barranco del Sturla, le hizo prisioneros y protegió la derecha de las columnas francesas que iban marchando hacia el fuerte de Quezzi. Mientras el valiente coronel Moutón, á la cabeza de dos batallones de la 3.^a, atacaba de frente este fuerte, el ayudante general Hector tenía encargo de rodear el Monte-Ratti por las alturas del fuerte de Richelieu. El arrojado coronel Moutón fué rechazado, á pesar de sus inauditos esfuerzos, pero no cedió el campo sino después de haberle atravesado el pecho un balazo que dió con él en tierra moribundo. Massena, que sólo tenía dos batallones, envió uno sobre el flanco derecho de la posición ocupada por el enemigo y dirigió la mitad del otro sobre el flanco izquierdo de la misma. Trabóse una encarnizada pelea en torno del fuerte de Quezzi, en que los combatientes, demasiado cerca unos de otros para hacer fuego, luchaban á pedradas y á culatazos. Iban ya nuestros soldados á ceder al número, cuando Massena se puso al frente del medio batallón que le quedaba, se arrojó al combate y decidió la victoria. Quedó por nosotros segunda vez el fuerte de Quezzi, y los austriacos, arrojados de posición en posición, dejaron gran número de muertos, heridos y prisioneros. Massena, que había demorado el ataque sobre la mesa de los Dos Hermanos, aprovechó en aquel momento el efecto producido por la victoria y envió orden al general Soult de asaltarla. Dió al general de brigada Spital el encargo de atacar el terraplén, que fué mucho tiempo disputado, apoderándose, por último, de él nuestros soldados; con lo cual al cabo de un día entero de combate recobraron de una vez la altura de los Dos Hermanos, que flanqueaba el punto extremo de la plaza, el fuerte de Quezzi, las posiciones de San Martín de Albaro y de la Madona del Monte, y finalmente, todas las posiciones decisivas sin las que no podían los austriacos verificar el asedio de Génova. Entró Massena en la ciudad ya de noche, llevando las escalas que el enemigo había dejado dispuestas para asaltar sus muros (1), sufriendo los aus-

(1) Más de setecientas escalas había hecho prevenir el general Ott para el escalo de la plaza entre las puertas Pila y Romana;

triacos en aquella jornada una pérdida de cerca de cuatro mil hombres, sobre mil seiscientos prisioneros y dos mil cuatrocientos muertos ó heridos. Contando esta última pérdida, habíales muerto ó aprisionado Massena de doce á quince mil desde el rompimiento de las hostilidades, y lo que era aún más importante, había logrado abatir sus ánimos con los inauditos esfuerzos que les obligó á hacer.

Se procuró reparar sin demora el fuerte de Quezzi; esta obra, que parecía no poder llevarse á cabo en un mes, se terminó en tres días juntando los soldados de



Soult

quinientos á seiscientos toneles de tierra que sirvieron para levantar trincheras. El 5 de mayo (15 floreal) un barco que aportó cargado de granos proporcionó víveres para cinco días: refuerzo precioso para las provisiones, que habían menguado considerablemente; sin que por eso dejase de ser urgente socorrer á la plaza, que no podía ya resistirse mucho tiempo habiendo en breve de faltar el pan.

El general Suchet por su parte, viéndose amenazado desde las crestas del Apenino, no había podido menos de desamparar la posición de Borghetto y aun de abandonar la Roya, en la cual no podía permanecer, puesto que los austriacos se enseñoreaban libremente en el collado de Tenda, amagando al Var y á Niza. Llegó á ocupar esta población el barón de Melas, entrando en ella en triunfo lleno de júbilo porque hollaba un suelo que la república había declarado territorio francés; pero

estas escalas estaban construídas de modo que pudieran subir por ellas tres hombres de frente. Quemáronlas los franceses en las plazas aquella noche, haciéndolas servir de luminarias para su victoria. (N. del T.)

el general Suchet se replegó detrás del Var en una posición estudiada desde largo tiempo atrás por nuestros ingenieros. El puente de San Lorenzo sobre el Var, protegido por su entrada, presentaba un desfiladero de cuatrocientas toesas que podía pasar por un obstáculo insuperable para el tránsito. Toda la ribera derecha guarnecida por los franceses estaba erizada de baterías desde la embocadura del río hasta las montañas. Los fuertes de Montalbán y de Vintimiglia, situados delante del Var, hallábanse ocupados por guarniciones francesas en el momento de evacuar á Niza; el de Montalbán, colocado á las espaldas de los austriacos en una eminencia que le hacía visible el campamento francés, estaba coronado por un telégrafo, por cuyo medio recibía aviso el general Suchet de todos los movimientos del enemigo. Habíanle enviado todos los departamentos circunvecinos sus tropas disponibles de todas armas y contaba además con catorce mil soldados que, parapetados con buenas trincheras, ocupaban una posición muy difícil de forzar.

Al recibir la noticia de lo que pasaba en la Liguria, dirigió el primer cónsul á Moreau vivas instancias para decidirle á romper las hostilidades. Un mes hacía que todo estaba convenido entre ellos y que por parte del gobierno no había ninguna dificultad que impidiese maniobrar al ejército del Rhin; pero Moreau, un tanto flemático de suyo y no queriendo aventurarse en territorio enemigo sin una seguridad completa de buen éxito, aplazaba sin motivo el comienzo de las operaciones. Todo retraso de su parte era en efecto una demora para el ejército de reserva y una cruel prolongación de los apuros que estaba sufriendo Massena con sus valientes soldados. «Apresure usted, escribían desde París á Moreau, apresure usted el momento de dejar libre y desembarazado á Massena con el buen éxito de su campaña. Ese general carece de víveres; hace quince días que está sosteniendo con soldados extenuados una lucha desesperada. Todos apelan al patriotismo de usted y á su propio interés, porque si Massena acabara por capitular sería preciso quitarle á usted parte de sus fuerzas para acudir al Ródano á socorrer á los departamentos meridionales.» Finalmente se le envió por el telégrafo orden expresa de atravesar el Rhin.

Las razones que impedían á Moreau entrar en acción hubieran valido en otras circunstancias menos urgentes. La Alsacia estaba agotada, y Suiza especialmente, hollada por espacio de dos años consecutivos por los ejércitos de toda Europa, se hallaba enteramente falta de recursos. Sus infelices habitantes, no pudiendo alimentar á los niños, veíanse reducidos á transportarlos á bandadas de los cantones pobres á los ricos; las familias arruinadas los confiaban á la caridad de las que aún poseían algunos medios de subsistencia. Nada, pues, podía pedirse á un país tan empobrecido, á quien por otra parte era preciso no exasperar por ser el punto de apoyo de nuestros dos principales ejércitos. Moreau hemos dicho que se sostenía con las provisiones hechas para el asedio de nuestras plazas del Rhin; no era sin embargo ese el verdadero motivo de su demora; hubiera sido, por el contrario, un aliciente para trasladarse más pronto con sus tropas al territorio enemigo; pero su artillería y su caballería estaban desmontadas. No tenía pertrechos de guerra ni útiles de ninguna especie;

gracias si tenía con qué echar un puente; pero en vista de lo urgente de las circunstancias consintió en continuar con la escasez en que se encontraba, proponiéndose salir de ella con lo que fuese hallando en su travesía. Estaba su ejército tan bien compuesto que podía suplir lo que le faltaba, requisarlo, ó pasarse sin ello. A fines de abril (principio de floreal) se decidió Moreau á comenzar aquella campaña, que fué la más gloriosa de su vida y una de las más memorables de nuestros anales.

Tenía á su disposición como hemos visto unos ciento treinta mil hombres, más bien más que menos. Cerca de treinta mil ocupaban las plazas de Estrasburgo, Landau, Maguncia, las cabezas de los puentes de Basilea, Brisach, Kehl y Cassel. De estos treinta mil, seis ó siete mil, á las órdenes del general Moncey, ocupaban los valles de San Gotardo y del Simplón, para impedir su entrada á los austriacos caso de querer penetrar en ellos. Quedaban cien mil hombres en el ejército activo dispuestos á entrar en campaña. La infantería en especialidad era brillante; componíase de ochenta y dos mil hombres; la artillería de cinco mil, con ciento diez y seis piezas, y la caballería de trece mil. Así, pues, las dos armas de caballería y artillería estaban lejos aún de las proporciones comunes, pero su composición nada dejaba que desear, y la calidad de la infantería por otra parte hacía que no se echase de menos ninguna arma auxiliar.

Dividió Moreau su ejército en cuatro cuerpos; Lecourbe mandaba la derecha, cuya fuerza era de veinticinco mil hombres, y se hallaba estacionada desde el lago de Constanza hasta Schaffhouse. Otro segundo cuerpo, llamado de reserva, de unos treinta mil hombres y á las órdenes del mismo Moreau, ocupaba el territorio de Basilea, y otro tercer cuerpo de veinticinco mil hombres, que formaba el centro á las órdenes de Saint-Cyr, se extendía por los alrededores del viejo y del nuevo Brisach. Finalmente, el general Sainte-Suzanne á la cabeza de unos veinte mil hombres, después de haber subido de Maguncia hasta Estrasburgo, ocupaba á Estrasburgo y á Kehl, y formaba el ala izquierda del ejército.

Hacía mucho tiempo que había adoptado Moreau la división en cuerpos separados completos, con su infantería, artillería y caballería, para campar por sí solos sin necesidad de auxilio doquiera que se hallasen; pero con el inconveniente que en breve demostró la experiencia de ser propensos á aislarse y á obrar por su propia cuenta, sobre todo cuando el general en jefe no desplegaba en su autoridad bastante vigor para reducirlos continuamente á maniobrar unidos. Agravóse esta desventaja con una disposición particular que adoptó Moreau en aquella campaña, y fué la de atribuirse el mando directo de uno de aquellos cuerpos de ejército, dándole el nombre de reserva. Saint-Cyr, que había servido mucho tiempo con Moreau y que le merecía gran crédito y deferencia, se opuso con todas sus fuerzas á aquella combinación (1), viciosa, según él, porque absorbía al general en jefe, le hacía descender á un papel que no era el suyo y perjudicaba sobre todo á las demás partes del ejército, que raras veces salen tan bien libra-

(1) Véanse acerca de esto las *Memorias del mariscal Saint-Cyr, campaña de 1800.* (N. del A.)

das como las tropas colocadas directamente bajo el estado mayor general. Pero esta crítica, cuya exactitud probó en más de una ocasión aquella campaña, fué de todo punto vana. Persistió Moreau en su resolución por complacer á intereses de partido, pues habiendo confiado ya la dirección del estado mayor al general Dessoles y queriendo sin embargo hacer un lugar al general Lahorie, uno de los peligrosos amigos que en lo sucesivo contribuyeron á perderle, le confirió el segundo mando de la reserva. Esta circunstancia dió origen á una tibieza entre Moreau y Saint-Cyr que presto acabó en un verdadero rompimiento.

Mr. de Kray, contendiente de Moreau, tenía, como hemos dicho, ciento cincuenta mil hombres, de los cuales cuarenta mil ocupaban las plazas del Rhin y del Danubio, y ciento diez mil formaban el ejército de operaciones. La infantería, compuesta de bávaros, wurtembergeses y maguntinos, era mediana, pero rozagante la caballería, que contaba veintiséis mil jinetes. La artillería, numerosa y bien servida, juntaba trescientos cañones. La derecha de los austriacos, á las órdenes de Mr. de Sztarray, estaba en observación sobre el Rhin entre Maguncia y Rastadt, y comunicaba con las levas de campesinos de Maguncia que mandaba el barón de Albin. Cubría el general Kienmayer la salida de Estrasburgo frontera al Kinzig. El mayor Giulay, con una brigada, ocupaba el Val de Infierno y observaba el Viejo Brisach. El grueso del ejército austriaco estaba acampado detrás de los desfiladeros de la Selva Negra en Donau-Eschingen y Villingen, en la intersección de los caminos que van del Rhin al Danubio. En este punto se hallaban reunidos cuarenta mil hombres. Situó Mr. de Kray en las ciudades inmediatas á la Selva Negra una numerosa vanguardia encargada de observar el camino de Basilea, bajo las órdenes del archiduque Fernando: dejó en Stokach una numerosa retaguardia al mando del príncipe José de Lorena para proteger sus almacenes establecidos en esta ciudad, guarnecer las carreteras de Ulm y de Munich y juntarse con el lago de Constanza, donde el inglés William mandaba una flotilla. Finalmente, el príncipe de Reuss, á la cabeza de treinta mil hombres entre regimientos austriacos y milicias del Tiro, ocupaba el Rheintal desde la tierra de los Grisones hasta el lago de Constanza, el cual era considerado como la izquierda del ejército imperial. Mr. de Kray, situado en el centro de aquella vasta red, confiaba en que tendría conocimiento de la más insignificante operación de los franceses.

Se adoptó sin modificación el plan de Moreau que dejamos expuesto y que consistía en desembocar por los tres puentes de Estrasburgo, Brisach y Basilea, para ocultarse en seguida y subir por el Rhin hasta Schaffhouse (1). El 25 de abril puso Moreau sus tropas en movimiento. Había pasado en persona á Estrasburgo con el cuerpo de Sainte-Suzanne para hacer creer con su presencia en aquel punto que su intención era maniobrar por el camino recto de Estrasburgo atravesando la Selva Negra. Tomó también otra precaución para ocul-

(1) El mariscal Saint-Cyr en sus *Memorias* padece equivocación en este punto. El primer cónsul adoptó el plan por entero; confirman esta circunstancia, así una carta del general Dessoles inserta en el *Memorial de la guerra*, como la correspondencia manuscrita. (N. del A.)

tar mejor sus movimientos, que era la de no reunir sus tropas de antemano, disponiendo que las medias brigadas partiesen de sus mismos acantonamientos con dirección al punto por donde habían de pasar el Rhin y se reuniesen en su marcha con sus cuerpos respectivos. Calculadas así las operaciones, tres respetables cabezas de columna, obrando simultáneamente en un espacio de treinta leguas, atravesaron á un tiempo mismo los puentes de Estrasburgo, del Viejo Brisach y de Basilea. Verificóse esto el 25 de abril.

El general Sainte-Suzanne, que mandaba la extremidad del ala izquierda y salía de Estrasburgo, arrolló cuanto encontró al paso; tuvo por uno y otro lado encuentros con varios cuerpos destacados que le opusieron poca resistencia; mas no queriendo empeñarse en combates formales, detúvose entre Renchen y Offenburgo, amagando á un mismo tiempo á los dos valles del Renchen y del Kinzig, pero procurando sobre todo persuadir á los austriacos de que su intención era seguir hasta el Danubio por la Selva Negra, atravesando el valle del Kinzig. En el mismo momento desembocó Saint-Cyr por el Viejo Brisach y se adelantó hasta Friburgo, arrollando al paso los destacamentos enemigos que encontraba, pero observando, como Sainte-Suzanne, la precaución de no empeñarse demasadamente. Delante de Friburgo encontró algunos obstáculos, porque los austriacos habían atrincherado las alturas circunvecinas y habían colocado en los parapetos tropas de campesinos formadas con las levas de los montes de la Suabia, hechas so pretexto de que defendiesen sus hogares de los estragos de los franceses. Pero no era aquella fuerza suficiente, y fué entrado Friburgo con la rapidez del pensamiento. Fueron pasados á cuchillo algunos de aquellos infelices labriegos, y á los otros no se los volvió á ver en lo restante de la campaña; Saint-Cyr se situó de manera que se creyese que iba á dirigirse por el Val de Infierno.

Desembocó la reserva aquel mismo día por el puente de Basilea sin encontrar obstáculo, y encaminó la división de Richepanse hacia Schliengen y Kandern, para dar la mano al cuerpo de Saint-Cyr, que se disponía á subir el Rhin dentro de dos días.

Durante la jornada entera del 26 de abril (6 floreal) permaneció Sainte-Suzanne apostado delante de Estrasburgo, y Saint-Cyr delante de Brisach. La reserva que había salido de Basilea acabó de desplegarse, guardando á que se pusieran en movimiento los dos cuerpos destinados á subir el Rhin hasta dicha ciudad. Moreau salió de Estrasburgo y tornó á su cuartel general, situado en el centro de la reserva.

El día 27 se invirtió también en engañar al enemigo sobre la dirección de nuestras columnas. Era preciso hacer creer á los austriacos que se había decidido maniobrar por el lado de Kinzig y del Val de Infierno; estos dos desfiladeros son efectivamente el camino más recto para un ejército que se proponga trasladarse del Rhin al Danubio, pues se hallan á poca distancia uno de otro, llevan la misma dirección y acaban juntos entre Donau-Eschingen y Hufingen, no lejos de Schaffhouse, donde estaba situado el cuerpo del general Lecourbe; y era natural suponer que las dos numerosas columnas de veinte á veinticinco mil hombres cada una que se acercaban á aquellos desfiladeros, fuesen real-

mente á entrar en ellos para darse la mano con Lecourbe. Para estorbar mejor aquella operación destacó Mr. de Kray de Villingen doce escuadrones y nueve batallones, y se los mandó de refuerzo al general Kienmayer; viéndose precisado á debilitar la defensa de Stokach para reponer en Villingen las tropas que sacó de este punto.

¶ Pero en la noche del 27, y al día siguiente, mientras Mr. de Kray caía en el lazo, cambió de repente la dirección de las columnas francesas. Replegóse Sainte-Suzanne sobre Estrasburgo, repasó el Rhin con todo su cuerpo y volvió á subir por la orilla izquierda, para no tener que hacer en suelo enemigo un movimiento de flanco demasiado extenso. Así que llegó al Nuevo Brisach volvió á recobrar la orilla derecha y reemplazó á Saint-Cyr delante de Friburgo, como si fuera á entrar por el Val de Infierno. Saint-Cyr por su lado moviéndose á la derecha, pero sin dejar la ribera alemana, costó el Rhin con su artillería, caballerías y bagajes, y mientras marchaban éstos por la llanura, una gran parte de su infantería se dirigió hacia el flanco de las montañas por San Huberto, Neuhoft, Todnau y San Blas. Proponíase Moreau de esta manera no amontonarse en la orilla del Rhin, reconocer las alturas de la Selva Negra, llenas de destacamentos austriacos, y pasar más cerca de su origen los ríos que bajan de dichas alturas al Rhin atravesando el territorio de las ciudades inmediatas á la Selva Negra. Son estos ríos el Wiesen, el Alb y el Wutach. Desgraciadamente se había contado con caminos que no existían, y tuvo Saint-Cyr que atravesar tierras agrias é intratables, siempre cerca del enemigo y desprovisto de artillería; sin embargo, no sufrió gran retraso ni le fué imposible llegar á San Blas del Alb el día señalado.

Al mismo tiempo subió Moreau el Rhin con su reserva, sin salir de la ribera alemana, lo mismo que Saint-Cyr. Richepanse, que mandaba la vanguardia, después que vió desfilar la artillería y la caballería de Saint-Cyr á lo largo del Rhin, se puso en movimiento hacia San Blas para unirse en las montañas con la infantería del mismo cuerpo. Los generales Delmás y Leclerc, que mandaban las otras dos divisiones de la reserva, fueron enviados sobre Soeckingen y después sobre el Alb delante del puente de Albruck. Hallábase este puente cubierto de trincheras, pero el ayudante general Cohorn las asaltó marchando en columnas á la cabeza de un batallón del 14.º ligero, de dos batallones del 50.º y del 4.º de húsares; atravesó en seguida el Alb en hombros de un granadero, y no dejó tiempo al enemigo de destruir el puente. Apoderóse de algunos cañones é hizo varios prisioneros.

El día 29 de abril (9 floreal) el centro mandado por Saint-Cyr y la reserva conducida por Moreau se hallaban en línea sobre el Alb desde la abadía de San Blas hasta la confluencia del Alb con el Rhin; Sainte-Suzanne llegaba al Nuevo Brisach por la orilla izquierda, y á la extremidad de nuestra derecha reunía Lecourbe su gente entre Diesenhofen y Schaffhouse, disponiéndose á pasar cuando Saint-Cyr y Moreau hubiesen subido el Rhin hasta aquel punto. El 30 de abril le pasó Sainte-Suzanne, y se presentó á la entrada del Val de Infierno. Saint-Cyr permaneció en las cercanías de San Blas, y Moreau avanzó sobre el Wutach. Finalmente, el 1.º de mayo (11 floreal) dió el ejército el último paso y el más deci-

sivo, saliendo de él con toda felicidad. Ya empezaba Mr. de Kray á volver de su error y á reunir los cuerpos harto empeñados en los desfiladeros de la Selva Negra. Sainte-Suzanne, encargado de atravesar el Val de Infierno, que termina en las posiciones mismas que debía ocupar el ejército francés cuando hubiese acabado sus movimientos, encontró á las tropas de Kienmayer en retirada y echó á sus alcances. Saint-Cyr siguió siempre amagando de costado al cuerpo del archiduque Fernando, y le fué repeliendo desde Bettmaringen á Stuhlingen sobre el Wutach, donde llegó al anochecer. Las tropas de Moreau pasaron el Wutach sin hallar mucha resistencia, restablecieron el puente, al que apenas faltaban algunos tablones, y procuraron juntarse por la derecha con Schaffhouse, donde se hallaba Lecourbe, y por la izquierda con Stuhlingen, donde se hallaba Saint-Cyr. Aquel era el momento que Lecourbe, situado cerca de Schaffhouse, debía aprovechar para atravesar el Rhin. Desde el amanecer del 1.º de mayo fueron apostadas treinta y cuatro piezas de artillería en las alturas de la orilla izquierda del río para arrasar con sus fuegos las cercanías del pueblo de Reichlingen. Veinticinco barcas transportaron á la orilla derecha al general Molitor con dos batallones para proteger la erección de un puente preparado desde mucho tiempo atrás sobre el Aar. Quedó echado el puente en hora y media; el general Vandamme pasó por él con una gran parte de las tropas de Lecourbe, y ocupó en un momento las sendas que conducen á Engen y á Stokach, puntos importantes de la línea enemiga. Tomó la pequeña población de Estein y el fuerte de Hohentwiel que se creía inexpugnable y muy bien abastecido y artillado. La brigada de Goulu, pasando al propio tiempo hacia Paradís, encontró en el pueblo de Busingen una fuerte resistencia, de la cual triunfó en breve; y por último, la división de Lorges entró al anochecer en Schaffhouse y se reunió con las tropas de Moreau.

Así, pues, el 1.º de mayo por la noche estaba el ejército entero al otro lado del Rhin. Los tres cuerpos principales, los de Saint-Cyr, Moreau y Lecourbe, formando una masa de setenta y cinco á ochenta mil hombres y ocupando una línea que pasaba por Bondorf, Stuhlingen, Schaffhouse y Radolfzell hasta la punta del lago de Constanza, estaban dispuestos á marchar sobre Engen y Stokach, amagando á la vez á la línea de retirada y á los almacenes del enemigo. Sainte-Suzanne con su numerosa izquierda de veinte mil hombres perseguía á los austriacos por el desfiladero del Val de Infierno, esperando para caer sobre el alto Danubio y reunirse con el grueso del ejército francés, que hubiese éste dejado expedito el desfiladero pasando adelante.

Habíase verificado, pues, todo el movimiento en seis días y del modo más feliz. Moreau, haciendo avanzar tres cabezas de columna por los puentes de Estrasburgo, Brisach y Basilea, llamó hacia aquellos tres desembocaderos la atención del enemigo; ocultándose luego de repente y marchando por su derecha á la orilla del Rhin, con dos de sus cuerpos por la ribera alemana y con uno por la ribera francesa, había subido hasta la altura de Schaffhouse, protegiendo allí el paso de Lecourbe. Habíanse hecho mil quinientos prisioneros, tomado seis piezas de campaña con sus trenes, cuarenta piezas montadas en el fuerte de Hohentwiel y algunos

almacenes. Señaláronse sus soldados en todas partes por la serenidad y resolución que sólo eran de esperarse de aquellas tropas veteranas llenas de confianza en sí mismas y en sus jefes.

Cierto es que no puede hacerse de semejante plan crítica ninguna que prevalezca ante su feliz resultado; imposible es ver más completamente coronados los complicados movimientos, ni más ceguera y credulidad en el enemigo, ni más exactitud y destreza en los comandantes que dirigieron aquellos diversos cuerpos. Sin embargo, el plan del prudente Moreau presentaba por lo menos tantos peligros como el del primer cónsul, desechado por temerario, porque Saint-Cyr y Moreau habían expuesto el flanco muchos días consecutivos en una marcha á lo largo del Rhin entre las montañas y el río, Saint-Cyr se había visto un instante separado de su artillería, y ahora Sainte-Suzanne marchaba solo por el Val de Infierno. Si al mariscal de Kray se le hubiera ocurrido de pronto caer sobre Saint-Cyr, Sainte-Suzanne ó Moreau, quizás hubiera derrotado á uno de aquellos cuerpos separados, y hubiera obligado al ejército francés entero á hacer un movimiento retrógrado; pero tenía Moreau dos ventajas en su favor: primera, que tomaba la iniciativa, lo cual siempre causa turbación en el enemigo; y segunda, que contaba con tropas excelentes capaces de reparar con firmeza cualquier accidente imprevisto, y que, como pronto veremos, mostraron también que sabían reparar los errores del general en jefe con su bravura.

Acercábase el momento en que los dos ejércitos después de haber maniobrado, el uno para pasar el Rhin y el otro para impedir su paso, iban finalmente á encontrarse al otro lado del río. Disponíase Moreau para este encuentro el 2 de mayo (12 floreal), pero no juzgándole tan cercano como fué en efecto, no tomó medidas de concentración con la prontitud y eficacia necesarias. Pensó enviar á Lecourbe con sus veinticinco mil hombres contra Stokach, donde se hallaban á un mismo tiempo la retaguardia de los austriacos, sus almacenes y sus comunicaciones con el Vorarlberg y el príncipe de Reuss. Venía á ejecutar exactamente el plan convenido con el primer cónsul: porque Mr. de Kray, ocupado en Stokach, estaba separado del lago de Constanza, y por consiguiente de los Alpes. Mandó, pues, Moreau á Lecourbe que partiese el 3 de mayo (13 floreal) de madrugada para desalojar de Stokach al príncipe de Lorena-Vaudemont, que con doce mil hombres custodiaba este punto importante, y dirigióse en persona con toda la reserva sobre Engen, teniendo á la vista á Lecourbe y dispuesto á ir en su socorro en caso de necesidad. Mandó á Saint-Cyr que se adelantase, conservando una posición longitudinal desde Bettmaringen y Bondorf hasta Engen, de modo que estuviera unido á él por una parte y dándose la mano por la otra con Sainte-Suzanne, que debía abandonar en breve el Val de Infierno.

Marchaba así Moreau en batalla dando la espalda al Rhin, la derecha al lago de Constanza y la izquierda á los desfiladeros de la Selva Negra, presentando un frente de quince leguas, exactamente paralelo á la línea que debían recorrer los austriacos si hacían una retirada de Donau-Eschingen á Stokach, donde les llamaban muchos intereses. Era aquella una posición bastante

extensa, sobre todo hallándose tan cerca del enemigo, y que con un adversario activo y resuelto hubiera expuesto al ejército francés á muy graves consecuencias. Felizmente para nosotros el ejército de Mr. de Kray estaba aún menos reconcentrado que el de Moreau; aquél, cuya posición se prestaba desde luego más que la nuestra á una reunión rápida, puesto que ocupaba desde Constanza á Estrasburgo la base de un triángulo cuyos lados ocupábamos nosotros, sorprendido ahora por nuestro movimiento y teniendo ya sobre el flanco izquierdo las tres cuartas partes de los franceses reunidos



Leclerc

y transportados al otro lado del río, estaba en una situación dificultosa. Había dado Mr. de Kray á los destacamentos del ejército austriaco que se hallaban cerca del Rhin órdenes urgentes de volver por la Selva Negra hacia el alto Danubio; mas sólo una resolución pronta y bien concertada podía sacarle del aprieto. Para comprender bien aquella situación es preciso tener á la vista el teatro de tan complicadas operaciones.

Aquella región montañosa y agria llamada la Selva Negra, por cuyo contorno da vuelta el Rhin sin penetrar en ella, y de la cual se aleja para llevar sus aguas al Norte, produce un río que principiando con el escaso raudal de una modesta fuente, acaba siendo uno de los más caudalosos del mundo con el nombre de Danubio. Viértese por el Este inclinado un tanto hacia el Norte, y sigue proyectado en esta última dirección lamiendo la dilatada falda de los Alpes hasta Viena. Va juntando en su curso todas las aguas que descienden de aquella larga cordillera de montañas, y cercano á su oscuro origen medra su caudal súbitamente.

Los generales austriacos al defender contra los fran-